

es

Escuela Social de Tudela y la Ribera

CURSO 2014 – 2015

TITULO GENARAL

“RETOS Y MODELOS PARA EL FUTURO”

7

ABRIL/ 2015	TEMA	PONENTE
Martes 14 : Ponencia	“Recuperación económica: ¿De qué recuperación hablan?”	Carlos Sánchez Mato Economista, Pte. de ATTAC, miembro plataforma por una Banca Pública.

ORGANIZA

Fundación Acción Solidaria

www.fundaciónacciónsolidaria.es

Email: fas.tudela@gmail.com

Palacio Decanal – Plaza San Jaime, 2

31500 – Tudela

De 8,00 a 9,30 de la tarde

Recuperación inclusiva o no

Por Joaquín Estefanía

A desvelar de forma crítica las trampas del pensamiento positivo dedica su ensayo (*Sonríe o muere*, **editorial Turner**) la incisiva ensayista estadounidense Bárbara Ehrenreich. En él cuenta, por ejemplo, los seminarios y sesiones de motivación que se brindan a los parados, en los que se les aconseja que huyan de la negatividad y opten por un enfoque animoso y hasta agradecido por la crisis que estamos pasando. “¡Saldremos fortalecidos de ella!”, se les decía en esas reuniones y mítines. Había gente a la que habían echado del trabajo, que iba sin frenos hacia la pobreza y la exclusión, a la que se le animaba a ver su situación como una “oportunidad”. El pensamiento positivo hace gala del no hay bien que por mal no venga.

En sus últimas intervenciones Rajoy hace como si se esforzase en buscar la equidistancia entre tanto cenizo que creen que los aspectos de fondo, estructurales, no han cambiado en la economía, y los eufóricos compañeros de viaje que piensan que entre los tres premios mayores de la lotería —la caída del precio del petróleo, el tipo de cambio del euro, las próximas medidas de estímulo del Banco Central Europeo— y las “reformas estructurales” decretadas con tanto sacrificio, llegan tiempos de buenaventura para los españoles. Pero sus esfuerzos son retóricos, puesto que el presidente de Gobierno se encuentra claramente entre los segundos cuando dice, ya en plena campaña electoral, que “en muchos aspectos la crisis es cosa del pasado y estas Navidades van a ser las primeras de la recuperación”.

Es fácil que compartieran sus palabras las decenas de empresarios que le escuchaban en la sede de Telefónica. Probablemente ninguno de ellos cobre menos de uno o dos millones de euros al año (por encontrar un mínimo común denominador muy conservador), y sus sociedades son algunas de las que más se han beneficiado de la reforma estrella del PP, la laboral. En este caso, el medio sí ha sido el mensaje. Como decía el novelista Upton Sinclair “**es difícil que alguien entienda algo, cuando su salario depende de no entender**”.

Más complicado es que el presidente se haga entender entre los principales paganos de la devastación. El problema diferencial de nuestro país es la evolución de su mercado laboral. Si a la tasa de paro de casi el 24% de la población activa se le unen los empleados temporales (un 24,6%) y los que trabajan a tiempo parcial (15%), sale un porcentaje pavoroso de ciudadanos inseguros o precarios (aunque se solapen algunos temporales y parciales). De los primeros, 1,78 millones de hogares tienen a todos sus miembros fuera del mercado de trabajo; 2,74 millones son parados de larga duración; y la tasa de cobertura del seguro de desempleo es sólo del 57,31% del total, y descendiendo con rapidez. A ello hay que añadir la devaluación salarial del resto de la población ocupada.

Para todos ellos, la flexibilidad de las reformas laborales, necesaria o no, ha significado sistemáticamente su inseguridad como precio a pagar para que en el radiante porvenir crezca la inversión y los puestos de trabajo. **Reducir derechos de los trabajadores establecidos prometiéndoles trabajo a quien no lo tiene: lo que se elimina es seguro; lo que se promete, no.** Esta es la experiencia de la reforma laboral en vigor. A medida que avanzaban los problemas, los dirigentes políticos y muchas empresas se apuntaban a la flexibilidad de las relaciones laborales como gran panacea, al tiempo que se multiplicaba la cantidad de gente en puestos de trabajo cada vez más inseguros y mal pagados. Al extenderse el empleo flexible se incrementaban las desigualdades.

Salir de la crisis significa cambiar estas tendencias y amortiguar sensiblemente los porcentajes citados. La recuperación tiene que ser inclusiva o generará aún más indignación (un 85% de los ciudadanos no confía en Rajoy, según el Centro de Investigaciones Sociológicas). Si no es así, las palabras del presidente de Gobierno se asimilarán de modo mecánico al pensamiento positivo que denuncia Ehrenreich: “¿Has perdido tu trabajo? ¡Qué gran oportunidad de cambiar de trayectoria!”, “¿Tienes una grave enfermedad? Quizá a partir de hoy disfrutes de tu vida como nunca (...) y sobre todo, no dejes de sonreír, dar las gracias y sentirse lleno de optimismo”.

Miedo, inmovilismo, resignación

La reacción de los partidos tradicionales a fenómenos como Podemos es siniestra: demostrar que en el fondo, son como ellos

Por Josep Ramoneda

Las democracias nacionales ya no son capaces de asegurar el control racional de la economía, que se ha evadido hacia el mercado mundial”. La frase es del sociólogo alemán Wolfgang Streeck y sintetiza las razones de fondo de la crisis institucional que viven muchos países europeos, entre ellos España. En esta democracia invertida, en que los gobiernos están más pendientes de los mercados que les financian que de los ciudadanos, se impuso lo que Ulrich Beck llama la respuesta alemana a la crisis: **“Socialismo de Estado para los ricos y los bancos, neoliberalismo para las clases medias y los pobres”**. Los ciudadanos asistieron perplejos a la transferencia permanente de rentas del trabajo a los bancos para salvarlos y al movimiento continuo de personas y de favores entre la política y el dinero. Y constataron cómo los gobernantes les dejaban a la intemperie, en nombre de las leyes implacables de la economía.

Los partidos políticos, más interesados en encuadrar y controlar a la ciudadanía que en representarla y defenderla de los abusos del dinero, presentaron la crisis como un destino, como una fatalidad que hay que soportar con sacrificio y expiación de los pecados (de otros, por supuesto) Esta mentalidad de renuncia a la idea de que el futuro será el que queramos nosotros, transmite desmoralización y ausencia de expectativas a la ciudadanía, que poco a poco ha ido reaccionando, primero con los movimientos sociales, después con algunos intentos de transformación política.

La austeridad ha fracturado las sociedades europeas y ha dividido a la Unión. Las trampas de la presunta solidaridad europea han dado como resultado la ruptura del modelo de gobernanza bipartidista y la reaparición del nacionalismo, en distintas modalidades y circunstancias. En España, los partidos tradicionales sólo han tenido una respuesta: la apelación a la ley como límite insuperable (en una peligrosa judicialización de la política que convierte a los tribunales en lo que no son: lugares donde dirimir conflictos políticos) y la sustitución de la política por una actitud rupestre: ¿por qué no os calláis?

La reacción de los partidos tradicionales a fenómenos como Podemos es particularmente siniestra. Toda la estrategia consiste en demostrar que, en el fondo, son como ellos. Ya os hemos pillado: vosotros también sois corruptos. Es decir, la respuesta a la indignación ciudadana por una corrupción que se ha hecho estructural, no es asumir responsabilidades, hacer limpieza en los órganos partidarios, cambiar los mecanismos de funcionamiento y buscar soluciones para minimizar los riesgos de corrupción, si no incorporar a los que los denuncian a la familia. Hay dirigentes a los que se les cae la baba cuando dicen a Podemos: “Vosotros también sois casta”.

Sigue.../...

Patético reconocimiento de la propia condición y extraña fórmula de redención: sois como nosotros, ya estamos salvados.

La razón de esta estrategia, no sólo defensiva sino autodescalificatoria, está en la falta de voluntad de asumir las responsabilidades que marcarían realmente un cambio en el marco de juego. **Y ahí tenemos a Rajoy, con Bárcenas y Gürtel sobre los hombros, jugando a desmemorizado cuando se le pregunta por estas cuestiones.** El PP cae en todos los sondeos, presentará un candidato que podría ser padre de los demás aspirantes en un momento en que toca renovación. ¿A nadie se le ha ocurrido pensar que una renuncia higienizante y una cara nueva podría ser lo mejor para el PP? La estructura jerárquica del partido, el poder de uno ante la servidumbre de todos, impide un cambio que parecería natural y sano. Pero el discurso defensivo contra Podemos tiene otro objetivo: la banalización de la corrupción. Indeseables los habrá siempre, un ejercicio de resignación y autoexculpación.

Entre tanto ruido, ¿dónde está la política? ¿Por qué unos y otros, Podemos los primeros, eluden el debate sobre los grandes problemas? Nadie habla de cómo redistribuir en una sociedad en que el trabajo se ha convertido en un bien escaso que no garantiza una vida digna; de cómo activar el Estado del bienestar en la buena dirección, no como ahora que redistribuye hacia arriba; de cómo conseguir tener voz en los ámbitos supranacionales de gobernanza (Europa, en nuestro caso) y trabajar para un mayor control de los mercados y del poder financiero, de cómo recomponer las fracturas sociales en unos países en que la desigualdad ronda el punto catastrófico.

En vez de esto, PP y PSOE se ponen de acuerdo en un pacto antiterrorista que abre inquietantes interrogantes: ¿en quién y en qué se está pensando cuando se incluye en la definición de terrorismo “la subversión del orden constitucional” o la desestabilización “de las estructuras económicas y sociales del Estado”? ¿El terrorismo como excusa para una restricción del campo de juego contra los movimientos sociales o el separatismo? Miedo, inmovilismo y resignación a la corrupción, son pobres argumentos para responder a una fundada demanda de cambio por parte de la ciudadanía.

La supervivencia de los más aptos

Por Jorge Moruno – *Sociólogo*

Dice Rajoy, que *“hay gente que nos quiere negar el derecho al optimismo y a la esperanza”*. Detrás de esta aparente lanza por la confianza en la mejora se esconde un perverso argumento: lo que menos importa es que cambie la vida de la gente, lo único que importa es que se perciba en la opinión pública que las cosas van a mejor. Como decía El Roto en una viñeta donde dos personas salen con una manguera apagando un fuego y una le dice a la otra: *“Olvídate del fuego, lo que importante es que no se vea el humo”*. Instalar la creencia de que estamos mejorando porque se ha creado empleo, es decir, porque han bajado los porcentajes de desempleo es una verdad a medias, la peor de las mentiras. Hay más paro que cuando Mariano Rajoy llegó a la Moncloa, pero además, el empleo que se crea no cumple la función que supuestamente debería tener el empleo como medio de acceso a la condición de ciudadanía. Vayamos a la realidad.

Con la reforma laboral de 2012, los costes de despido se redujeron un 23%, así que hoy no significa lo mismo que antes ser indefinido. El 8% de los contratos firmados en 2014 fueron indefinidos, de estos, un 44% han sido a tiempo parcial. Los trabajadores a jornada completa cobran 15,67 euros por hora, los de tiempo parcial, sólo 10,33 euros. El 92% de los contratos firmados en 2014 eran temporales y el 40% de los contratos temporales duró menos de un mes. De los contratos temporales que duran menos de una semana, el 40% son, además, a tiempo parcial, un total de 1,6 millones en 2014. Tras las dos últimas reformas laborales los contratos de menos de siete días se disparan un 48%. Los contratos temporales por horas crecen un 31% desde 2008. Según datos ofrecidos por la Agencia tributaria hay casi 7,7 millones de trabajadores, el 46,4% de los asalariados totales, que ganan por debajo o muy por debajo de los mil euros. Un 34% ganan 645 euros en 14 pagas o menos. El Comité Europeo de Derechos Sociales acaba de denunciar que el salario mínimo español no garantiza una vida digna. A ellos les tenemos que sumar cientos de miles de autónomos y de falsos autónomos que hacen malabares para llegar a fin de mes.

La primera reacción de una sociedad de trabajadores sin trabajo, como bien apuntaba Hannah Arendt, es la del estupor y la desorientación. Más bien hablamos de una sociedad del empleo pero sin empleo, pues hoy se trabaja más que nunca. Esta apreciación no es terminológica, no es un detalle, es el punto que nos puede hacer oscilar entre la reivindicación de una explotación nostálgica a modo de hogar conocido frente al paro (un modelo que no va a regresar), o pensar el bienestar en el mundo de hoy, no en el de ayer. Ese proceso de adelgazamiento del embudo en torno al empleo se va a seguir dando, es algo digamos, objetivo y se hace estructural. Según el último estudio de la Organización Internacional del Trabajo, (OIT), el paro no descenderá del 21% durante la presente década y los empleos creados ya vemos de qué tipo son. El hecho importante entonces, pasa por cómo afrontar todos estos cambios productivos, culturales, psicosociales, y político-económicos; este cambio de paradigma civilizatorio y de universo de sentido, desde una perspectiva democrática. Se puede producir más con cantidades de empleo cada vez menores: El problema es cómo se reparte el tiempo liberado, no el hecho de que se libere.

Se perfilan dos líneas de evolución histórica: 1) Eres un Robinson Crusoe que debe hacer uso de la información disponible para arriesgarse y estimular su capacidad comercial, esto es, la sociedad del *emprendedor*, todos accionistas de nuestra fuerza de trabajo bajo el poder imperial de las finanzas, donde las personas son pensadas como si fueran empresas que ofertan servicios y compiten entre sí: adaptarse, todo es una elección personal, fracasar, empleabilidad, éxito, son las palabras clave. Se asume con normalidad en un mundo que vende optimismo, la existencia de cada vez mayores bolsas de exclusión social, inestabilidad y precariedad. 2) Repensamos el trabajo más allá del empleo de otra forma. En lugar de la comunidad de los inmunes, la comunidad que coopera e innova en red, la sociedad que prima el uso común del conocimiento en lugar de aquella que busca privar al resto patentándolo, apropiándose. O salimos de la lógica del pleno empleo por una vía democrática, repartiendo tiempo y riqueza, o saldremos de ella, como decía el sociólogo Herbert Spencer, hacia una -nunca cierta-, supervivencia de los más aptos (*survival of the fittest*).

Los luditas de principio del siglo XIX, no destrozaban los telares mecánicos -y los relojes- por un odio innato a la máquina, lo hacían porque su incorporación se traducían en su miseria material y vital. La jornada de las 8 horas se reivindicaba en 1886 para tener más tiempo propio, social e individualmente autónomo, “*8 horas de trabajo, 8 horas de descanso, 8 horas para hacer lo que nos dé la gana*”, “*Hartos de no tener jamás una hora para pensar*”. Reivindicar democracia es reivindicar otra distribución del poder del disfrute seguro del tiempo. El reto pasa por pensar y articular comunidad y la convivencia, acorde al modo en que nos comunicamos, acorde a lo que hacemos, decimos, somos y pensamos, actualmente. Hay que encontrar las posibilidades de bienestar en el mundo que trabaja más allá del empleo. No hay que negar los cambios, hay que tomarlos por asalto.

Entre muros

Los gestores de la crisis provienen de la derecha liberal, no del muro de Berlín como dice Rajoy

Por Joaquín Estefanía

En una de las pocas intervenciones directamente ideológicas (Mariano Rajoy presume habitualmente de su pragmatismo y de representar el sentido común: *l'uomo qualunque*), el presidente de Gobierno defendió su política con la siguiente frase: "No podemos volver a las ideas que fueron liquidadas cuando cayó el muro de Berlín". Pero lo que está ocurriendo desde 2007 con la crisis económica, y sobre todo con su gestión, no tiene nada que ver con aquellas ideas, sino con las opuestas. No se pueden vender duros a cuatro pesetas.

Cuando estalla el escándalo de las hipotecas de alto riesgo en la segunda mitad del 2007, cuando quiebra **Lehman Brothers** un año después y el capitalismo asume, por única vez, su principio de que cada palo aguante su vela y no acude al rescate del quinto banco de inversión, los que mandan son los correligionarios ideológicos del señor Rajoy. En EE UU, el presidente era George W. Bush, un epígono menor de Ronald Reagan y jefe de los neocon de la Casa Blanca; en Alemania la jefa era ya la democristiana Angela Merkel, el estandarte de la austeridad como vacuna para curar los excesos de los países que habían vivido "por encima de sus posibilidades". Tenía su principal aliado en Europa a Sarkozy, presidente de Francia, conservador como ella misma; y su principal empleado de la Comisión Europea —como presidente de la misma— era el portugués José Manuel Durão Barroso, el anfitrión en las Azores de aquel trío siniestro (Bush, Blair, Aznar) que declaró unilateralmente la guerra a Irak en contra de la opinión muy mayoritaria de sus ciudadanos.

En Reino Unido gobernaban Tony Blair y Gordon Brown, que, siendo laboristas, eran definidos por sus críticos como "thatcheristas de rostro humano". Estaba a punto de llegar al Palacio Chigi el jefe de Gobierno italiano, Silvio Berlusconi. La excepción que confirma la regla era el presidente de Gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, que, tres años después, tuvo que cambiar dramáticamente su práctica política ante la presión que le llegó de Bruselas y de Fráncfort.

En los sondeos selectivos que se hacían entonces (y en los de ahora), los encuestados concedían una importancia capital para su futuro cotidiano a las decisiones que tomaban los bancos centrales, pues la política monetaria era la brigada de intervención inmediata de la política económica. Pues bien, al frente de la poderosísima Reserva Federal (Fed), en EE UU, estaba el republicano Ben Bernanke (sucesor del ortodoxo Alan Greenspan), elegido para el cargo por Bush. Y el gobernador del Banco Central Europeo (BCE) era Jean-Claude Trichet, un funcionario muy conservador que provenía del Banco de Francia y que había colaborado sistemáticamente con la derecha francesa.

¿Ideas provenientes de lo que representaba el muro de Berlín? Todo lo contrario. Los que ejecutaban el poder eran los representantes máximos del *establishment* de la derecha neoliberal.

El fin de la crisis

Augusto Klappenbach - *Escritor y filósofo*

Cuenta una leyenda que en el tiempo de las persecuciones del Imperio Romano contra los cristianos, un grupo de ellos se refugió en una cueva para escapar de la muerte. Se durmieron y su sueño duró tres siglos, al cabo de los cuales se despertaron creyendo que habían dormido solo una noche y encontraron por todas partes el signo de la cruz; había llegado el emperador Constantino y con él la libertad para los cristianos.

La crisis terminará. Seguramente no tan rápido como auguran sus gestores, pero por definición toda crisis consiste en una situación transitoria, en una época agitada entre una situación y otra. Dentro de algún tiempo volverá la normalidad y el estado del país no ofrecerá un sobresalto cada día. Aumentará el crecimiento, se reactivará el consumo, bajará algo el paro, volverá el crédito y se reducirá el déficit. Pero al despertarnos, si todo sigue como está y quienes nos gobiernan hoy se perpetúan en el poder (y no me refiero solo a los políticos), nos encontraremos con un mundo distinto, como les pasó a los cristianos durmientes, aunque con resultados muy diversos.

Algunos derechos que creíamos medianamente asegurados por la sociedad pasarán progresivamente a depender de las posibilidades económicas de cada uno. Lo que hoy son servicios públicos serán privatizados, al menos parcialmente, y dependerán cada vez más de las leyes del mercado; su calidad estará en proporción directa al coste que exija al usuario. La enseñanza y la sanidad pública y gratuita quedarán reservadas para la gente sin recursos y pocos serán también los recursos que se destinen a esa gente, con la consiguiente repercusión en su calidad. En particular, la formación universitaria quedará reservada para quienes puedan pagarla. Las pensiones estarán en función de la gestión que los bancos hayan hecho de los planes privados que cada trabajador haya contratado a lo largo de su vida laboral. Y si no ha contratado ninguno deberá acudir a los escasos servicios caritativos que quizás el Estado ofrezca a los jubilados sin otros ingresos.

Algo parecido sucederá con quienes padecen alguna discapacidad. Los derechos laborales serán disminuidos: el despido será prácticamente libre y las indemnizaciones muy reducidas. La dirección de la empresa podrá bajar salarios, modificar horarios y ordenar traslados a voluntad. La negociación colectiva y la seguridad del contrato indefinido habrán desaparecido y los contratos temporales y a tiempo parcial se encadenarán para cubrir los mismos puestos que antes eran fijos. El paro descenderá, pero no tanto como para evitar la existencia de un abundante número de desocupados que permitan a las empresas contratar una mano de obra barata y dócil. Los impuestos indirectos predominarán sobre los directos, de modo que proporcionalmente pagarán más los pobres que los ricos, y la desigualdad seguirá aumentando. Porque este cambio de modelo se ha comenzado a gestar desde que comenzó la crisis, aprovechando una oportunidad única para tomar decisiones que en tiempos normales no hubieran sido aceptadas por la gente, una estrategia anunciada por Naomi Klein en su *Doctrina del shock*. Todo esto será lento, por supuesto, tardará años en realizarse y nos daremos cuenta progresivamente, pero tales son las aspiraciones de quienes imponen hoy sus condiciones a los gobiernos de la Unión Europea, que por el momento las aceptan sin mayor resistencia. El fin del modesto Estado de bienestar fue el objetivo declarado de la derecha desde el mismo comienzo de la crisis.

¿Qué puede hacer la gente que se resiste a aceptar el futuro de una Europa privatizada y más desigual, ya que carece de medios para oponerse a esos poderes financieros anónimos —y no tan anónimos— que han tomado el control de las decisiones políticas? El único recurso que sigue estando disponible para los ciudadanos de a pie es el control del Estado. Dice Tony Judt: "...quizás sea ahora el Estado la principal 'institución intermedia' entre ciudadanos inseguros e indefensos, por un lado, e indiferentes órganos internacionales y corporaciones que no responden ante nadie, por otro".

Como ya había observado Rousseau, las leyes y las instituciones no son indispensables para los poderosos: a estos les basta el ejercicio directo del poder. Por eso piden la reducción del Estado a su mínima expresión: que los poderes públicos se ocupen solo de mantener el orden —y, por supuesto, de rescatar a los bancos con dinero público cuando están en apuros—, dejando a las leyes del mercado la organización de la sociedad. Pretenden un Estado con pocas atribuciones —salvo en lo que se refiere a sistemas represivos— porque saben que las instituciones políticas constituyen el único espacio en el que las mayorías pueden jugar un papel determinante, y aunque conocemos de sobra las posibilidades de manipularlas, sigue siendo cierto que para esos poderes ajenos al juego democrático resulta todavía muy difícil controlar las decisiones de la gente en las convocatorias electorales. De ahí que resulte importante concentrar los esfuerzos en ellas: las movilizaciones populares son sin duda necesarias, pero si se limitan solo a convocar manifestaciones y provocar algunos desórdenes terminan haciendo el juego a quienes ceden generosamente a los ciudadanos la ocupación de la calle y se conforman con gestionar el Estado y sus presupuestos.

Creo que en la población española son mayoría quienes apoyan la gestión pública de la sanidad, la educación, las pensiones y la discapacidad, quieren poner límites a las políticas de bancos y entidades financieras, desean regular el derecho laboral y defienden posturas progresistas en cuestiones morales como la homosexualidad, el aborto, la eutanasia y la presencia de la religión en la vida pública. De hecho, las encuestas indican que estamos en el momento en que una mayor proporción de ciudadanos se declara de izquierdas (4,41 en una escala de 1 a 10, siendo el 1 la extrema izquierda). Sin embargo, la organización política de estos ciudadanos se encuentra dispersa entre muchos partidos y movimientos sociales o en ninguno de ellos, de tal modo que su influencia política resulta muy reducida, con la invaluable ayuda de una ley electoral que discrimina el valor de los votos según su contenido. Y mientras la derecha se agrupa en su gran mayoría en un solo partido político, con pequeños sectores disidentes, lo que podemos llamar la izquierda se fragmenta en varios partidos y movimientos sociales —a su vez internamente fragmentados— que han aumentado considerablemente al calor de la crisis y que no han cesado en sus disputas internas.

Se cometería un error muy grave si esta izquierda sociológica —o como se la quiera llamar— perdiera la ocasión de organizarse políticamente y permitiera que la derecha siguiera gestionando unas instituciones que tienen un enorme peso en la vida de los ciudadanos. Las movilizaciones que se iniciaron con el 15M y continuaron con las diversas mareas cromáticas cumplieron un papel muy importante en España. Gracias a ellas muchos jóvenes —y no tan jóvenes— descubrieron la política y comprendieron que se podían lograr algunos modestos resultados con pocos medios: se evitaron desahucios, se paralizó la privatización de hospitales, se impidió la modificación de la ley del aborto, aunque se fracasó en otros casos. Y sobre todo se canalizaron las energías de los ciudadanos indignados en un sentido más constructivo que en muchos países de Europa, donde proliferaron partidos xenófobos, antieuropeos o simplemente pintorescos, algunos de los cuales fueron los más votados.

Esto se logró gracias a que al menos por un momento se evitó la enfermedad crónica de la izquierda española: el sectarismo. En esas primeras movilizaciones estuvieron juntos militantes políticos de distintos partidos o de ninguno, amas de casa, jubilados, estudiantes, parados. Pero cuando se trata de organizarse para gestionar las instituciones del Estado y entra en juego el poder todo resulta más difícil: la actitud crítica que caracteriza a la izquierda —y que debe caracterizarla— se convierte con frecuencia en una enfermedad autoinmune que se vuelve contra sí misma. Las energías se desperdician en debates cuyo contenido oculta en el mejor de los casos dogmatismos ideológicos y en el peor intereses personales. Y por el momento no parece que la situación haya cambiado.

Es de esperar que hayamos aprendido algo. Porque habrá que elegir: o quienes nos negamos a aceptar el fin del modesto Estado de bienestar que caracterizaba a Europa somos capaces de aparcar diferencias y compartir con otros la gestión del Estado o si seguimos como hasta ahora nos pasará lo mismo que a los cristianos durmientes. Solo que el mundo que encontraremos al despertar será muy distinto del que ellos encontraron.

La crisis como cuestión de “percepción”

En los últimos días han llegado desde el PP dos imperdibles arranques de sinceridad: uno demuestra que más que la realidad de la economía importa el cómo se vendan los datos, el otro que no les preocupa tanto la ineficacia de sus políticas como que les muevan del sillón.

Por Sergio Colado

Si se condensara en una nube de tags los términos más repetidos por políticos y periodistas en los últimos ocho años es obvio que aparecería en primer lugar y con mucha diferencia sobre el resto la palabra crisis, que da para tanto que hasta va generalmente acompañada en diferentes categorías. Crisis económica en primer lugar claro, pero también crisis institucional, crisis de legitimidad, hasta crisis de valores en determinados ámbitos que prefieren la fustigación moralista a las incómodas cuestiones materiales porque ellos las tienen bien cubiertas.

Los que llegaron al poder gritando crisis y prometiendo soluciones mágicas han decretado que es el momento de pasar página, entre otras cosas porque es año electoral. No importa cómo se esté objetivamente sino cómo se piense que está el país. Al menos hay que agradecer esos momentos de sinceridad en los que a los que están al frente se les entiende absolutamente todo. Lo explicitó a la prensa el portavoz parlamentario del PP en el Congreso, Rafael Hernando, a la salida del Comité Ejecutivo del pasado lunes en el que los de Rajoy abordaron cómo recuperar el voto de los abstencionistas que se les fueron en las europeas de cara a las próximas citas en las urnas. Así, explicó Hernando que Rajoy les había ilustrado sobre cómo está cambiando España, **“especialmente la percepción que tienen los ciudadanos de que las cosas afortunadamente van mejor y de que lo peor ha pasado”**. La “percepción”, esa es, según ellos, la clave electoral.

Cuando en 2008 se le daban pescozones a Zapatero para que dijera “crisis” y no “desaceleración” España creció el 0,9%, en 2014 lo hizo en un 1,4%, lo cual evidentemente es positivo porque cambia la tendencia decreciente de los seis años precedentes pero no justifica la euforia, entre otras cosas porque no se trata tanto del cuándo se sale sino del cómo, y está claro el camino seguido. España ‘saldrá’ con una hipoteca de 41.000 millones del rescate bancario, con una deuda pública del 98% que triplica a la que existía en 2007 y con cierto alivio de la deuda privada del país -en parte por un trasvase al sector público- que era y sigue siendo el principal problema, ese es el pufo impagable y ahí sigue. Se ‘sale’ también con sueldos más bajos, conscientemente porque se apostó por la devaluación interna como salida, y con una educación seriamente tocada que dificulta que se compita internacionalmente por otra vía que no sea la de que somos más baratos, y con **casi 13 millones de personas en riesgo de exclusión social y pobreza** según los datos del INE. Todo ello condiciona el futuro. Para moldear la percepción se pueden esgrimir todo tipo de datos, pero obviamente esos también están ahí. Y respecto a la alarmante tasa de paro, el único dato que por lo visto está dispuesto a aceptar el Gobierno a regañadientes, está otra cifra demoledora: **los parados que cuentan con el paraguas de las prestaciones han bajado un 20% respecto a 2009 cuando han aumentado un 11% los que las necesitan**. Detrás de la fabulación de que se entra y se sale de una crisis como si de un túnel se tratara se esconde una visión simplista y lineal que no funciona en economía -al menos que valga entrar en un tren y salir en vagoneta- y está por ver si resulta en política.

Pero el premio al arranque de sinceridad más revelador de los últimos días -y tiempos si nos ponemos estupendos- merece recogerlo el eurodiputado Miguel Ángel Arias Cañete: **“O logramos crecer y crear empleo o Europa se volverá más populista”**. Años de recetas fallidas para darse cuenta de ello y no por sentimiento de responsabilidad ante la ineficacia sino porque pueden venir otros -hasta Rajoy mientras se hacía el duro con Tsipras le ha acabado dando la razón al reclamar crecimiento y empleo en la UE-. ¿Realmente Cañete pensaba que se le pagaba por nada, que no debía ser ese su primer cometido siempre? Lo terrible es que tan obcecados como están en masajear cerebros lanzando los datos macro que les convienen hayan tenido que venir Syriza o Podemos para que se les abran -parcialmente- los ojos ocho años de austeridad después. Cuánto tiempo desperdiciado y cuántas vidas comprometidas por un interesado error de perspectiva que además todavía se mantiene.

Sergio Colado es redactor de ELPLURAL.COM

Blog Disidentes 6.0

En qué país vive usted

*Se habrán necesitado, como poco, 11 años para volver a los niveles de empleo anteriores
Rajoy prepara anuncios sociales para dominar el debate de la nación*

Por Joaquín Estefanía

El presidente de Gobierno, Mariano Rajoy, destacó una y otra vez la incipiente recuperación. Se apoyó para ello en varios titulares de la prensa internacional (“España emerge de la recesión”, “España es la nueva Alemania”, “España anima a Europa”). El líder de la oposición, rápido, se le encaró: “Señor Rajoy, ¿en qué país vive usted?”, y se apoyó en otros titulares alternativos: “La reforma laboral baja los sueldos un 10% y abarata el despido”, “España es el país europeo con más desigualdades”, “Uno de cada tres niños españoles vive en riesgo de pobreza”...

Así discurrió el debate sobre el estado de la nación del pasado año. Dos percepciones muy distintas sobre la realidad de nuestro país que, es más que probable, acentuarán sus perfiles mañana y el miércoles en el Congreso. Rajoy se apoyará en el mayor crecimiento económico, pronosticado por los organismos multilaterales y los grandes empresarios. Quizá mencione el dato proporcionado por César Alierta, presidente del Consejo Empresarial de la Competitividad, que ha pronosticado un 8% de paro (15 puntos menos que ahora) para el año 2018, en un bucle de 11 años (más de una década perdida) para volver al punto en el que España estaba en el año 2007, aunque los puestos de trabajo que se crearán serán sin duda más baratos y de peor calidad, resultado de la reforma laboral.

Pedro Sánchez, que sustituye a Rubalcaba en la tribuna, no se apartará mucho del mensaje de éste. Posiblemente desgrane el último informe de Cáritas (**“Pobreza y desigualdad en aumento”**), hecho público en Roma la semana pasada, en el que se describe a nuestro país con un 27,3% de su población total en riesgo de pobreza y exclusión social, sólo superado por Rumanía, Grecia, Italia, Chipre y Portugal. El secretario general de esta ONG en Europa, Jorge Nuño, declaró que **“el empobrecimiento y la desigualdad se están convirtiendo en estructurales en un país en el que la crisis no ha pasado”**. Ambos fenómenos sociales se han estabilizado. **“Lo peor es que se cree que esto es lo normal”**.

En el debate de 2014 la recuperación económica fue el único relato de Rajoy. El presidente hizo una intervención que en el papel ocupaba 20 folios a un espacio. De ellos, los 13 primeros estuvieron dedicados a la macroeconomía; a la Unión Europea dedicó un folio y cuarto (relacionando su contenido también sólo con los aspectos económicos); sólo cuatro folios a las tensiones con Cataluña (sin propuesta concreta alguna, más allá de los lugares comunes del diálogo dentro de la ley); y un párrafo a la inmigración, dado que apenas habían pasado unos días de la muerte de un grupo de inmigrantes en Melilla.

Mientras el Gobierno puso el único acento sobre la salida de la recesión —lo que indica su confianza en la visibilidad de la mejora como principal baza, casi única, para ganar la tanda de elecciones que vienen por delante—, la oposición institucional (básicamente PSOE, IU, UPD y los distintos nacionalistas) y la voz de la calle (que hace un año había crecido exponencialmente a través de las mareas sectoriales, lo que hoy no es el caso) enfocaron sus críticas en las heridas profundas y de largo plazo que la gestión de la crisis va a dejar en la sociedad española en forma de recortes en educación, sanidad, dependencia, pensiones, seguro de desempleo, paro, reducción de la renta disponible familiar, mortandad de empresas..., y en la agenda ideológica que está aplicando el PP al tiempo que ejecuta su política económica de recortes (reforma de la ley del aborto, ley de seguridad ciudadana, reforma del código penal, desigualdad de oportunidades a través del recorte de becas, mayor control de los medios de comunicación públicos, especialmente de RTVE...).

El debate de este año, ¿será sólo un *déjà vu* del de 2014 o aparecerán otros elementos? Habrá una realidad flotante nueva, imposible de soslayar: que las dos principales fuerzas políticas emergentes (Podemos y Ciudadanos) a las que todos los sondeos atestiguan como de enorme fortaleza parlamentaria en el futuro inmediato, no estarán presentes. Como ha indicado con gracia el corresponsal de un medio de comunicación foráneo, ese debate será, posiblemente, “el último botellón del bipartidismo”.

La peor versión de Mariano Rajoy

Por Antón Losada

Admitámoslo. El presidente Rajoy llegaba con todo a favor a este #DEN2015. Abundaban las buenas noticias, la oposición parlamentaria andaba entretenida en sus propios asuntos y la extraparlamentaria debía buscar su hueco en los platós. Era el momento para ofrecer su mejor versión: la del gobernante prudente y previsible que sabe cómo se hace política. Sin embargo, eligió su peor versión: la del candidato dispuesto a todo con tal de ganar.

Se presentó en el Congreso como si las elecciones fueran mañana. Pero no lo son, aún faltan nueve meses. Anduvo tan sobrado que hasta le sobraron los noventa minutos de discurso. Le habría bastado con subir y decir “aquí estoy yo”. A Rajoy le perdió confundir la evidencia de que al presidente le va bien con la consecuencia de que le vaya igual de bien a los ciudadanos. Se empleó tan a fondo en dar un mitin en vez de pronunciar un discurso que hasta cometió el error táctico de lanzar mensajes crípticos sobre “ventoleras” y “declaraciones” que solo sirven para dar titulares a quienes ni siquiera están en el hemiciclo.

Rajoy llegaba protegido por un relato que el Partido Popular ha sabido convertir en dominante con eficacia incuestionable. España era un país al borde de la quiebra por culpa de Zapatero, el presidente Rajoy hizo lo que tenía que hacer aunque fuera duro y así había logrado evitar el rescate. Esa parecía la parte difícil de contar y vender al electorado, pero aun así lo habían logrado. En teoría, ahora viene la parte fácil donde toca anunciar que llegan tiempos mejores y repetir que deberíamos dar gracias a Dios por Mariano Rajoy porque todo lo demás es el caos.

Pero paradójicamente estamos descubriendo que al Partido Popular se le da mucho mejor meter miedo que infundir esperanza y a Rajoy se le da mucho mejor comunicar malas noticias que anunciar las buenas. Hay una razón que lo explica: la propaganda funciona mejor para asustar que para crear confianza. La propaganda sirve para destruir, pero se vuelve inútil para construir.

Entre la ironía y la burla hay una línea muy fina y Rajoy la cruzó varias veces. Cuando tanta gente lo está pasando tan mal es un error venir a repetirle una y otra vez lo bien que has gobernado. Rajoy no continuó el relato austero y sacrificado que ha mantenido a los populares como la primera fuerza en las encuestas. En su lugar se entregó a una bacanal de euforia donde ahora viene lo bueno de la crisis, el empleo va como un tiro, el Estado de bienestar nunca estuvo mejor, el gasto social es el mayor de nuestra historia, la corrupción estará arreglada al final de la legislatura y lo de Catalunya ya pasó. Y todo en solo tres años. Somos la Alemania del sur así que usted ¿de qué se queja? Al presidente solo le faltó preguntárselo en voz alta.

El triunfalismo es un recurso peligroso. Resulta sencillo cometer excesos que te convierten en presa fácil, como compararnos sistemáticamente con Grecia para recalcar lo bien que vamos después de haber dedicado meses a convencernos de que no era así; proclamar que España no vive de endeudarse, cuando la deuda pública ya equivale al PIB; afirmar que no se ha querido tirar de la caja de la Seguridad Social, cuando eres el presidente que se ha fundido la mitad de la hucha de las pensiones; o decir que no pedir el rescate ha supuesto tu mejor medida de política social, que es tanto como reconocer que no tienes política social alguna de la que hablar.

Fiel a su estilo, Rajoy ejecutó un discurso pensando exclusivamente en los suyos. Pero olvidó una regla de oro de su código mariano: para ganar elecciones, hay que movilizar a los tuyos y no cabrear a los otros. El triunfalismo cabrea a los ajenos y no está demostrado que anime a los propios. Los votantes de Rajoy están enfadados y esperan una compensación, no limosna. Toda la contundencia exhibida para proclamar lo bien que va España se convirtió en vaguedades, anuncios tecnocráticos, palabrería incomprensible y cheques de todo a cien a la hora de explicar cómo va a llegar a nuestros bolsillos tanta bonanza. Y la pregunta que se hacen los votantes del PP es la misma que se formulan todos los demás: **¿si todo va tan bien, por qué tenemos que seguir esperando?**

A la intemperie

Si se ha salido ya de la pesadilla, el ciudadano pregunta: ¿qué hay de lo mío?, ¿para cuándo?

Por Joaquín Estefanía

La permanente percusión (prácticamente todos los grupos parlamentarios, uno tras otro) sobre la corrupción y la mentira no fue lo único que desestabilizó a un presidente de Gobierno que entró pagado de sí mismo en el debate parlamentario sobre el estado de la nación. También lo hizo la ausencia de reconocimiento de una recuperación económica que no disfruta el conjunto de la ciudadanía. Un relato, el económico, que fue prácticamente el único que tuvo Rajoy. Llegó al Congreso como *Superman* y salió como Clark Kent.

De las 36 páginas de discurso inicial apenas puede desgajarse una dedicada a la corrupción genérica (**ni una alusión al caso Bárcenas**), una centrada en Cataluña y sus tensiones, y cinco relacionadas con Europa (dedicó mucho más tiempo a mostrar la antipática superioridad sobre Grecia que a hablar de corrupción). El resto es macroeconomía pura, con este resumen: España es de los países “que más crece en toda Europa y el que más empleo crea (...) una nación que ha salido de la pesadilla, se ha rescatado a sí misma, ha recuperado la confianza económica, goza de prestigio, vuelve a ser atractiva para los inversores, ha reordenado su funcionamiento, ve crecer el consumo...”.

Aquella “**flor de invernadero**” que definió el ministro de Economía Luís de Guindos ya en el año 2013 (y que sustituyó a los hasta entonces manidos “brotos verdes”) ha devenido en esa especie de Arcadia feliz de Mariano Rajoy, aunque todas sus frases acaben con la retórica admonición de “todavía queda mucho por hacer”. ¿Cómo extrañarse entonces de que el ciudadano que ha sufrido los efectos de una devastación personal y familiar por mor de una crisis económica de la que no conoce precedentes vividos y que experimenta el bombardeo de la mejora, pregunte: qué hay de lo mío, cuándo voy a recuperar mi puesto de trabajo? Y si todavía no lo consigo, ¿cuándo volveré a disfrutar del seguro de paro que perdí hace tanto tiempo?, ¿cuándo dispondré de un poder adquisitivo similar al menos al del año 2007?, ¿cuándo podré utilizar, sin las gigantescas listas de espera actuales, una sanidad que contribuyo a financiar, la calidad de la educación anterior, los servicios de dependencia, etcétera, dado que la distribución de los sacrificios derivados de la austeridad han estado tan desigualmente repartidos?

Ese es el peligro del discurso triunfalista del Gobierno: que resulta irritante si no se hace visible con extrema rapidez (si no, no le servirá para la amplia tanda electoral que hay por delante), que es explosivo en la comparación cotidiana entre unos y otros si la recuperación es tan dual como hasta ahora está siendo, dado que tanta gente llega a esta coyuntura desde muy abajo. En el que ya no prende lo de la “herencia recibida” cuando ha transcurrido casi toda una legislatura (Pedro Sánchez dijo eso tan acertado de “ustedes son ya herederos de sí mismos”). Esos ciudadanos que sienten lo mismo que canta el gran Luis Eduardo Aute: “Estamos al albur/ de la intemperie”.